

Ignacio Yraola: ya, en el recuerdo

Estuve con Ignacio Yraola pocas horas antes del accidente que le costó la vida. Había venido a la Galería Peironcely donde Luis Caruncho, Gerardo Rueda y yo veníamos presentando una exposición conjunta. Había estado Ignacio en la inauguración y me había dicho que había demasiada gente —cosa que siempre le molestó— y que volvería un día más tranquilo. Y lo cumplió. «Así podemos hablar», nos dijo a Luis Caruncho y a mí. Estuvimos allí los tres con Mercedes Martín Artajo, encargada de la Galería, buena conversadora y buena anfitriona, que nos obsequió con unos vasos de rioja tinto, la única bebida que desde hacía tiempo vi beber a Ignacio. Al salir propuse tomar una copa. Mercedes se marchó pues tenía prisa y quedamos los tres. Entramos en *Daroga*, bar por mí muy frecuentado y allí Caruncho y yo nos pasamos al cuba-libre mientras Ignacio permanecía fiel al rioja tinto. Reprochó a Miguel Ángel, el barman, que le llenase demasiado la copa. «Así no se sirve el vino», dijo. Miguel Ángel me miró pues mis reproches van en sentido contrario. Inquirió la marca del vino. Miguel Ángel le mostró la botella que Ignacio encontró adecuada pero de un año que habría que guardar para el próximo. Miguel Ángel, mientras tanto, puso otra copa que llenó, sólo a medias, y de otra marca por si Ignacio la prefería. También le gustó la marca pero encontró que el año hubiera aconsejado haber consumido el vino el año anterior... Así era Ignacio. Además aducía las razones: cuerpo, acidez y todo eso que los conocedores conocen. Bebimos y reímos. Después comentó unos dibujos de gran tamaño que decoran el local. El autor, José Luis de Dios, estaba presente y él e Ignacio también se conocían hacía tiempo. Las ironías de Ignacio iban contra los personajes representados, tomados de alguno de *Los borrachos* y del *Conde Duque de Olivares* velazqueños. Ironías de la vida: José Luis de Dios a la sazón esperaba un riñón para serle trasplantado y cuando murió Ignacio pidieron a la familia que donasen los suyos, cosa que hicieron. Lo circular de esta historia hubiera sido que un riñón de Ignacio hubiese ido a parar a José Luis. Pero no fue así. Lo cierto es que al salir del bar Caruncho se marchó, José Luis siguió allí y yo seguí con Ignacio. Aún propuse una última copa en la terraza de los jardines del Descubrimiento. Ignacio aceptó a condición de tomarla en la barra pues, dijo, nos ponemos a hablar y nos dan las tantas... Así lo hicimos. Hablamos de una exposición suya reciente, de un libro que quería que yo le escribiese, «nada profesoral, por eso he pensado en ti que me conoces igual que a mi pintura». Yo le propuse ir escribiendo y vernos de cuando en cuando para comentar..., los comentarios de Ignacio siempre me fascinaron. Llegó el periodista y crítico de arte José Rodríguez Alfaro, conversamos un poco los tres e Ignacio se marchó. «Ya tenéis compañía y estaréis hasta

la madrugada hablando.» Fue lo último que le escuché. Me he demorado quizá demasiado en estas anécdotas pero ellas reflejan muy bien algo de Ignacio.

Pero voy al principio. Le conocí en 1960, en una exposición, «Finalistas del Premio Biosca», en la Galería Biosca a la sazón dirigida por Juana Mordó. Como había muchas obras se había habilitado el despacho de Juana para colgar cuadros. Era la que hoy es la última sala de la planta baja. En un rincón estaba la mesa de ella y su silla y casi hasta allí llegaban las obras expuestas. La mía era la más próxima a la mesa y la de Ignacio la anterior. O sea las dos últimas de la exposición. Los más finalistas. Con la tendencia que tenemos los pintores, sobre todo cuando somos jóvenes, a permanecer junto a nuestras obras, allá estábamos de guardia, con nuestros amigos asegurándonos que nuestra obra era la mejor y la injusticia de que hubiesen dado el premio —recuerdo que a Zacarías González, por una obra cubista—. Algún amigo común nos presentó y desde aquel día nos vimos muchas veces, hablamos y paseamos horas y comentamos de todo y de todos. Generalmente para mal, claro.

La pintura de Yraola siempre me pareció aparte en el panorama español. En aquella época cuando todos andábamos con austeridades y negros y grises, blancos y rojos, ocre, etc. que a los comentaristas ilusionaba identificar con «el blanco muro de España», la sangre, el luto, la tierra calcinada..., Ignacio comenzaba con sus verdes y azules, rosados e incluso cantarines amarillos. Después comenzaría su etapa con la madera como soporte y más adelante con sus personales metáforas con objetos o parte de objetos corpóreos. Conociéndole, su pintura era la acabada expresión de su auténtico yo. Tenía como una mirada diferente para las cosas y los acontecimientos, para las personas y sus acciones. A veces, pensé, que creía que llevando siempre la contraria no se equivocaría nunca.

La época en que más asiduamente traté a Ignacio fue, aproximadamente, entre 1965 y 1969. Había empezado yo a trabajar en la Comisaría de Exposiciones del Instituto de Cultura Hispánica, hoy Instituto de Cooperación Iberoamericana, e Ignacio trabajaba como confeccionador de la revista *Mundo Hispánico* que tenía su sede en el mismo Centro. No me resisto a evocar aquella redacción con Leal Insúa como director, José García Nieto de subdirector, Eduardo Marco, este verano fallecido; Paco Umbral en su mesa, enfrente de Yraola, de pie junto a la suya, inclinada, de dibujo. Completaban el cuadro en sendas mesas el señor Salas y el señor Marín, administrativos de la revista. En la parte central una gran mesa repleta de galeradas, pruebas de color, y fotografías, muchas fotografías que iban trayendo Basabe, Contreras, Lozano «el de Portillo» (¡Dios mío, todos han muerto!), o Fernando Nuño o alguna agencia. Eran fotografías que tenían que ver con actos del Instituto, inauguraciones, llegadas o despedidas de embajadores hispanoamericanos y cosas así. Se seleccionaban las mejores, tratando muchas veces de quedarse con aquellas en que los personajes apareciesen más ridículos. Se pensaban los pies para las fotos y entre la realidad y el deseo alguna vez se infiltró algo de este último. Umbral e Yraola, justo es reconocerlo, eran los más ingeniosos aunque en ocasiones Eduardo Marco no se quedase atrás. Yo, mero visitante para tratar de bajar con Ignacio al bar, terciaba alguna vez... Cuando las risas eran demasiadas o demasiado fuertes García Nieto nos llamaba al orden. Cuando Ignacio abandonó su puesto yo hice de confeccionador-puente de la revista entre él y Óscar Estruga, el escul-

tor, que le sustituyó. Recuerdo que maqueté un número dedicado a Rubén Darío y de ello deduzco que debió de ser en 1969, centenario del nacimiento del poeta y que se celebró con diversos actos.

En aquellos años la pintura de Ignacio alcanzó su total definición. Su personalidad se integró totalmente en su obra. Magníficas piezas fueron saliendo de sus manos con aquella sabia manera que tenía de trabajar artesanalmente los objetos que integraba en cada cuadro: pulirlo, pintarlo, pegarles papeles. Hacer que cada parcela resultara significativa y tuviera más de una lectura, de hablarnos a la mente a través de los ojos. Sus títulos tenían siempre algo de indicador, de remoto y sin embargo evidente una vez resuelta la relación con la obra. Aprovechaba las exposiciones de sus obras para hacer en ellas, en alguna ocasión, un *happening*. Así presentó actuaciones del ZAJ o en 1973, en la Galería Zodiaco, junto a su exposición, presentó lo que llamó «encuentros fortuitos», cargados de sátira e intención. Incluye en el catálogo su personal «biopsia» en la que dice que nació en Segovia en 1956 —debe de ser la fecha en que decidió ser pintor—, cursa estudios de tipografía y heráldica que abandona para dedicarse a la pintura y a la abstracción mental. Becado por prestigiosas instituciones viaja ininterrumpidamente alrededor de su habitación, fijando finalmente su residencia en Madrid en 1970. Obtiene el gran premio de la bienal del barrio de Argüelles y realiza una exposición antológica en Campo de Criptana, es seleccionado para representar la pintura mesetaria en la Trienal de Melbourne de 1971, siéndole concedido el premio extraordinario y adquiriendo la totalidad de su obra Cáritas australiana. En 1972, para aumentar la confusión general, borra pacientemente con miga de pan su obra anterior. Así en este estilo a lo Macedonio Fernández, lúcido e irónico, burlesco y tomando a broma lo que en el mundillo artístico pasa por más serio: Premios, Bienales, exposiciones..., desarrolló Ignacio una obra muy peculiar en el panorama español. Los eventos que se realizaron en esta muestra fueron: «ópera hinchable», donde habla de múltiples manipulaciones con un globo. «Los silencios de Santiago Amón», el crítico de arte recientemente desaparecido (¡qué crónica ésta!) cuya incontinencia verbal y amenidad eran proverbiales en el ambiente artístico y que Ignacio en esta ocasión que comento, escribía en el citado catálogo: «Elegido al azar un lugar cualquiera y escuchando atentamente se notará la ausencia específica y total de la voz de Santiago Amón. La duración de estos “silencios” no será indefinida». «Opus vivendi» donde se habla de las ayudas March, de los curriculum vitae de los ejecutivos, etc. para luego convertirlos en confetti. O «topeteo de carneros» (juego bucólico o pastoril) que ante lo reducido de la cabaña nacional proponía sustituir los auténticos carneros por hinchas, forofos y otros militantes.

Los mismos títulos de sus cuadros eran ya una revelación de la imaginación que impregnaba la obra toda de Ignacio: *Materiales de derribo*, *Ejercicio retórico para amantes*, *Ubu ingiere la ponzoña*, *Plano secreto del fuerte de Mahón*, *Las leyes de la herencia*, *Bajada de tubo*, *Elogio de la ociosidad*, *Máquina tragaperras*, *Se prohíbe jugar a la pelota* y cuyo tema era, precisamente, un frontón, *Transplante de condecoración*, *La belleza sentada en mis rodillas*, *Maqueta de verano*, *Viaje a Paul Klee*, etc.

A mí me pidió una presentación para una exposición en su amada Segovia, Casa del Siglo XV, 1971. El conjunto de aquellas obras lo llamaba «conatos», pues eran frecuen-